

comedor con la cocina, y cuando, por casualidad, la nueva criada transcurría al mismo tiempo por él, irremediablemente tropezaban.

Aquella tarde, caídas ya las primeras sombras azules sobre la aldea, Sergio halló á Federica en el umbral. Con esa brusca valentía que á veces tienen los tímidos, él, alentado por el ambiente y la soledad confidencial de los anocheceres, le asió una mano por la espalda, como en juego, y al volverse la moza, aun sin intentarlo, el brazo de Sergio rodeó el talle femenino, libre de corsé, en el que la carne palpitaba. Los grandes ojos verdes lo miraron con su cándida serenidad. Sonreía él, azorado. Dijo Federica, en voz baja, con un misterio de cómplice:

—Suelta, que van á vernos.

Y marchó hacia el campo. Sergio entró en su casa, tembloroso de dicha.

41

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## III

Al día siguiente, doña Rosa y su hija disponíanse á salir para visitar á los Poupariña. Celsa ya no aparecía por la Gándara sino de tarde en tarde; la prole había aumentado en aquellos nueve años, y los quehaceres de la casa con ella; Celsa, además, estaba siempre entregada á las molestias de la concepción. Su prolijidad era tal que no se la concebía sin el vientre hinchado y la tez pálida, hundidas las mejillas, lento el andar. Doña Rosa é Isabel, cuando algún ocio se lo consentía, si las corredoiras estaban sin barro, iban á charlar un rato con la vieja amiga, y estas visitas, cada vez más rareadas, se revestían de caracteres de acontecimiento, en la soledad en que unas y otra veían transcurrir su vida.

Sergio esperaba con impaciencia el momento en que la marcha de las mujeres le dejase

3 3377

dentro de la casa en libertad de arrojar sus libros y consagrarse á la persecución de Federica. Vió irse rehaciendo sobre la cabeza de su madre el alto moño que nunca quiso trocar por otro peinado, vió cómo Isabel se empolvaba ligeramente ante el espejo... Al fin las vió dirigirse á la puerta. Pero desde la carretera llegó el sonido de un cascabel, y un tílburri tirado por un caballo del país, pequeño y peludo, se detuvo ante la verja. Isabel adivinó:

—Es Rodeiro.

Era Rodeiro. Pronto se vió su corpulenta estatura envuelta en el invariable traje de pana de color caramelo. Sus grandes bigotes oscuros dividían en dos la redonda cara picada de viruelas, como si hubiesen pasado por ella un ancho pincel embetunado. Isabel y su madre se miraron, indecisas. Isabel había tenido siempre cierta cordialidad hacia el mocetón. Aun ahora, pese á los cuarenta años de Rodeiro, que hacían resaltar la panza bajo la chaqueta abotonada hasta el cuello como una casaca, la señorita de Abelenda tenía ante él ciertos rubores y ciertas alegres risas inusitadas, y sus ojos vulgares brillaban más. Acaso Rodeiro la había querido secretamente alguna vez. La verdad era que sus atenciones para con ella nunca habían pasado los límites de

cortesías de amigo. Cuando perdió casi toda su hacienda y arrendó su casita de la Gándara para marchar á hacerse cargo de su destinejo en Madrid, se afirmó en los contornos que Rodeiro volvería á pedir á Isabel. Rodeiro volvió, pasados tres años, trasladado á la capital gallega; entonces iba frecuentemente á la Gándara, donde una vieja servidora cuidaba de su caserón y del minúsculo huerto. Pero el repatriado no habló jamás de amor con la hija de doña Rosa. Llegaba á veces, bebía un gran vaso del claro vino de la tierra, rogaba á la joven que tocara una canción gallega en el piano, hablaba mal de Castilla, con la estentórea pasión que ponía siempre en sus afirmaciones, y volvía á marchar alegremente. Sergio lo vió ahora entrar, maldiciendo de la inoportuna visita.

—¿Qué?... ¿Iban á salir?... Me marcho.

Isabel le disuadió cortésmente:

—Salíamos por no saber qué hacer. Puede quedarse.

—¿Es que hay misión en la iglesia?

Doña Rosa rechazó la sorna de la pregunta:

—No hay misión, republicanote; no hay misión, aunque buena falta hacía. ¿Es verdad que le da á usted ahora por escribir en *El Avance*?

Rodeiro sonrió:

—¿Quién lo dijo?

—Lo dijo don Miguel.

Rodeiro se acomodó en una silla, echando hacia adelante el robusto pecho, que parecía ir á hacer estallar la pana.

—No; no es totalmente exacto. No puedo negar que los de *El Avance* me han pedido que les lleve algo alguna vez. Pero hasta ahora estoy indeciso. Lo que hice el otro día fué un suelto contra don Rosendo, el cacique de la Gándara. Bien lo merece, ¿eh?... Ya sabe usted cuánto daño le debo. ¿Leyeron el artículo?... No estaba mal. Firmaba *Oriedor*, un pseudónimo que se me ocurrió: es el apellido al revés.

Se dejó admirar, retrepado en la silla.

—Pero de eso á que me haya alistado con ellos, hay un abismo... Yo tengo mis ideas; voy más allá. Creía en Rosales, ¿sabe usted?... En Rosales, sí, ¡caramba!... Tan austero, tan grave, tan puro... Toda aquella gente lo adora. A los "fondos" de *El Avance* que hace él no hay nada que pedirles. Realmente, desde que el partido tiene fuerza en la ciudad y gana elecciones, es desde que ese hombre está á su frente... Sin embargo, tengo que confesar que hoy... que hoy me encuentro un poco distanciado de él... Hay cosas...

Hizo chasquear la lengua, con un gesto de

disgusto en la ancha cara. Luego, como adoptando una resolución, contó:

—Aquí, en confianza... El otro día jugábamos en el Casino... entre amigos... por distraernos... Tallaba yo. Entonces entró Rosales y dió unas vueltas alrededor de la mesa, y al cabo de un rato apuntó una peseta. Ganó. Se me ocurrió pensar: "He aquí una ocasión de conocer á este hombre", y al pagarle grité, como si me distrajese: "Dos, que hacen cuatro", y le di cuatro pesetas. "Si es el hombre austero que imagino, las devolverá", me dije. Pero Rosales se guardó las cuatro pesetas y se marchó. Al llegar á casa anoté en mi diario: "Todos son unos." Y para mí es como si le hubiese puesto un epitafio.

Doña Rosa opinó:

—No debe usted jugar.

Él hizo un mohín:

—No juego casi nunca, más que por distracción. Jugar alguna vez está bien. Debiera ser obligatorio. Presta energía, acostumbra á la conformidad con la desgracia. El jugador piensa: "Ha venido la mala"; y tiene la fortaleza de la fatalidad.

Isabel le miraba cariñosamente:

—Y ese ascenso, ¿cuándo llega?

Él hizo un gesto ambiguo:

—No sé; le temo mucho al ascenso. Pudie-

ran trasladarme, alejarme de aquí, quizás hacerme marchar otra vez á Castilla. ¡Aquella Castilla horrible, seca, amarillenta!...

Su amor á la tierra, siempre extremoso desde que advirtió el menosprecio fuera de ella, se agudizó en aquel instante. Suplicó:

—¿Quiere tocar algo, Sabeliña?

Isabel sonrió, abriendo con lentitud la tapa del viejo piano de teclas gastadas al través de los años por sus dedos. Pasó el índice y el pulgar en cruz por toda la escala suavemente, sin despertar los sonidos. Inquirió, mirando al techo:

—Y, ¿qué quiere que toque?

—*Negra sombra*. Haga el favor, Sabeliña.

Y Sabela continuó un momento mirando al techo, como si estuviese recordando la melodía que tantas veces había tocado ya. Era la favorita de Rodeiro. Como su voz, un poco dura, no le permitía cantar, seguía á boca cerrada las inflexiones de la triste sonata, elevando las cejas, estirando lentamente el cuello con un leve balanceo de su humanidad, cabeceando. Alguna vez se atrevía á pronunciar en falsete una frase del canto, pronto cortada:

*ô pe d'os meus cabezales...*

.....

Una noche en Madrid, oyendo cantar inesperadamente en el Real á las masas Clavé este coro, rompió en sollozos, invadido por una morriña gigantesca, y si al salir del teatro pudiese hacerlo, aquella misma noche hubiese tomado el tren para Galicia.

Del viejo piano salieron de pronto las primeras notas melancólicas de la balada. Sergio, oculto en un extremo de la amplia galería, abandonó su libro y se asomó. Con esa admirable facilidad con que el alma sabe encontrar en los paisajes el mismo matiz de su sentimiento, le pareció que la gándara toda estaba invadida de aquella misma suave y enamorada tristeza del cantar. Moría el sol, y al morir besaba á la casita y parecía encenderla en rubor. Los pinos del bosque se iban tornando negros. Todo el campo estaba en una gran quietud, y en una negra parcela recientemente roturada, los montecitos de tierra y raíces ardían lentamente, dejando escapar columnitas de humo blanco y azul. Cuando el disco luminoso y sangriento se hundió subieron haces de luz enrojecida al sereno cielo de otoño, y la serenidad misma de los cielos cayó sobre la tierra toda. Se hicieron mas sombríos los hondos surcos de las correoiras que cruzaban los sembrados como cauces secos, nació tras el bosque la sutil neblina del mar callado; una

creciente vaguedad envolvió el verdor de la tierra, la blancura de las casitas diseminadas, el grupo de castaños de un soto; y en una heredad, el agua de un regato brilló de pronto metálicamente, como una lanza de plata tendida en el suelo. La noche nacía abajo, como nace en la aldea; en los surcos hondos y entre las copas de los árboles y bajo los rústicos alpendes y en las laderas de los montes, donde el rudo tojo comenzaba á cubrirse con su hermosa flor dorada. Y en los montoncitos de rastrojo que ardían se hizo más blanco el humo, y en uno de ellos se vió—cuando las sombras crecieron—la marcha roja del ascua. Al final de la gándara, al través de la noche, parpadeó una luz blanquecina: la de la casa del Pinar...

Sintiéronse, bajo la galería, los pasos pesados de los bueyes que tornaban, conducidos por Chinto, invisibles todos en las tinieblas.

Y hacia aquel tierno desleimiento de las cosas, hacia aquella dulzura, volaban por ventanas abiertas las notas de las baladas de melancolía, como si volviesen á la tierra que las hizo nacer, para transformarse en el grato misterio de la noche y ser al día siguiente florecillas de tojo ó mariposas, ó sumarse perpetuamente al rumor de los pinos ó al roneo del mar, donde el músico las había he-

cho cautivas, y en aquella dulzura, crecía en Sergio la multiforme ansia juvenil: obscuro deseo de llorar, obscuro deseo de cariño, confuso despertar acongojado de recuerdos: el de un verso, el de un rincón umbroso del pinar, el del cuerpo tibio y duro de Federica...

Y Federica entró. Dibujóse toda ella en la luz que llegaba del comedor hasta la galería y hasta un trozo del huerto. Fué descolgando del cordel donde se secaban los encajes trabajados por Isabel, puestos aquella tarde al sol. Cuando se acercó al extremo obscuro donde Sergio anhelaba, los brazos del joven la ciñeron fuertemente. En voz muy tenue, junto al rostro de la rapaza, afirmó como si suplicase:

—¡Te quiero; te quiero!

Y la besó. El cuerpo de la joven, sudoroso por el ajetreo de la jornada, olía á romero, un humano olor á romero. Y aquel olor se obstinó toda la noche en la memoria de Sergio y le permitió volver á gozar el instante dichoso y paladearlo diez veces, cien veces, con la misma fuerza de la realidad gustada.

\* \* \*

Cuando Sergio veía salir á Federica por el portón con el enorme lío de ropa, bien atado, puesto sobre la rubia cabeza, marchaba él hacia el río por caminos recónditos. Se encon-

traban allí. Ocurría una vez por semana. El resto del tiempo, encerrados en un disimulo cuidadoso, apenas si podían concederse una breve charla en el jardín, un furtivo beso en un pasillo, un contacto de apariencia casual cuando Federica servía á la mesa. Todo con un sobresalto, con un temor que hacía palpar sus corazones.

El río estaba distante, oculto de la casa por la suave curva de la gándara y por tojos crecidos. A sus orillas erguíanse sanguiños y álamos jóvenes de hojas plateadas, que cruzaban sus copas de una á otra margen. Charlaban los novios mientras ella batía en la piedra blanqueada del lavadero las telas chorreantes y enturbiaba el agua con el jabón. Sentía Sergio, viéndola así, un sordo rencor contra la injusticia de la suerte.

—No debías tú venir al río. Mi madre hace mal en mandarte...

Ella le miraba riendo, sin compartir su cólera:

—No me hace daño.

—Tú naciste más bien para señorita.

Se sentía halagada y suspendía el recio frente en la tela:

—¿Por qué?

Y le gustaba oír cómo él analizaba sus gracias: las cejas de trazo fino, el suave color de miel del pelo recogido sobre la nuca, los gran-

des ojos, la silueta airosa, pese á la redondez especial de las formas. Terminaba él:

—Tú eres la hija de unos señores que te abandonaron en la aldea. Cuando menos lo pienses te reclama el príncipe, tu padre.

Una vez preguntó:

—¿Por qué te llaman Volvoreta?

Y ella, sencillamente:

—Por ser así, ¿sabes?, un poco traviesa... Tenía muchos novios... Á lo mejor, tres á un tiempo... Los sábados llegaban los mozos de aldeas distantes á llamar á la puerta de nuestra casa para tunar conmigo.

Él calló, pensativo y celoso.

—Era por risa, no creas: no me gustaban. Ya ves, en cuanto pude me marché á la ciudad.

Los domingos eran para el enamorado los días más felices. Esperaba, soñando, la hora de la tarde en que Federica había de obtener licencia para alejarse del *chalet*. Por la mañana era preciso acompañar á su familia á la misa de Santa María de la Gándara. Atravesaba los caminitos aldeanos sin advertir el airecillo mañanero, lleno de todos los perfumes del monte, ni el brillo del sol, ni aquel aspecto especial de los campos, sin gente más que en las veredas; mujeres engalanadas con pañuelos en la cabeza y refajos chillones ó negras faldas de merino, y aldeanos que lucían la

blanca camisa de lienzo, y sobre un hombro la chaqueta de remontas de pana; gentes que saludaban respetuosamente, cediendo el angosto paso:

—Buenos días nos dé Dios, doña Rosa y la compañía. ¿Y luego?... ¿Se va á oír la misa?

—Para allá vamos.

—¡Vaya, que Dios les ayude!

La pequeña iglesia, cercana al mar, amarilleaba bajo los líquenes. La cuerda de las campanas caía sobre la fachada, y el acólito las hacía sonar desde el mismo atrio. Don Miguel decía la misa con lentitud. Después, en el presbiterio, pronunciaba invariablemente un sermón, en el que á veces hasta hacía reproches á personas determinadas, á las que nombraba sin eufemismo. Los aldeanos le oían con sumisión. Sus homilias tenían á veces este tono:

—Ved el caso de Mingos, el del Pinar, que hizo un pozo en la Xesteira y se gastó todo el dinero que le dieron en la taberna de la *Miñoca*. Y su mujer anda layando con el hambre y sus hijos también. Después queréis que con estos ejemplos en la feligresía ampare Dios vuestras cosechas, y cuando pedís que cesen las lluvias no vos acordáis de vuestros pecados. En cuanto á María, la de Gayoso, y á Rosendo *el Tolo*, que den gracias á que están presentes los señores de Abelenda y de la

Cruz del Souto, más los del Pinar; si no bien les iba á poner colorados por los ejemplos que están dando en todas las corredeiras de la gándara, que parece que no, pero yo bien me entero de todo.

Después de la misa, en el atrio, los aldeanos formaban grupos pintorescos. Los señores de los contornos que tenían asiento en el presbiterio se detenían también á charlar brevemente antes de seguir los divergentes caminos. El atrio estaba alfombrado de hierba. En un rincón veíase el sepulcro de los Rodeiros —el más hidalgo apellido de la Gándara—, humilde y blanco, con un escudo borroso. Cerca de él, un corpulento castaño lo envolvía totalmente en sombra, y á veces sentábanse las rapazas en la losa para palicar. Poco á poco se diseminaba por el campo el gentío, alegrándolo con los colorines de sus trajes, y don Miguel salía presuroso hacia la blanca y vecina casa rectoral, en hambrienta demanda del desayuno.

Por la tarde doña Rosa y su hija salían casi siempre á visitar á alguna amistad. Entonces Volvoreta, bien rizada, bien gentil dentro de su blanca blusa y de su falda negra, con una anilla de cobre, brillante á fuerza de frotarla con arena, en un dedo, se presentaba á pedir permiso y salía á pasear. Sergio la esperaba

en la arboleda y por ella vagaban, bien al abrigo de las miradas de todos, hundiendo sus zapatos en el musgo, un poco sojuzgado él por esa solemne gravedad misteriosa de los bosques.

Los árboles iban cambiando lentamente el tono de sus hojas. Desde la quinta se veían sus copas como masas moradas y amarillentas y de color sepia y verdes aún.

Cubrían á veces los senderillos del bosque las hojas caídas, y estallaban bajo los pies las pequeñas ramas secas desprendidas por los vientos de otoño. El mar iba tomando un color plomizo entre la augusta calma de las altas riberas.

Al fin vinieron las primeras nubes en masas formidables, por el Sur. El sol, débil, miró tristemente á la tierra, en una despedida para sabe Dios cuántas semanas. Las nubes avanzaron y cubrieron la redondez del cielo. Aún se sostuvo el tiempo así algunos días. Las primeras gotas sorprendieron á los novios en lo alto del monte, cierta tarde en que Volvoreta había ido á recoger, para el fuego, las piñas caídas de las ramas. Abandonaron el saco á medio llenar y corrieron los jóvenes á ocultarse bajo el saliente de una roca quebrantada por la dinamita para alguna construcción aldeana. Todo el paisaje de la gándara estaba ante ellos.

Vieron blanquear, bajo el choque de la lluvia, las aguas pizarrosas de un trozo de la ría; vieron el turbión deshacerse en largos hilos y borrar los horizontes, y, en una cañada frontera, al otro lado de la gándara, fingir humo en los remolinos á que le obligaba el viento. Brillaron las tejas de las casitas, y todas las parcelas que guardaban ya entre sus surcos la siembra de los cereales se ennegrecieron más aún bajo la lluvia. Recogidos, apretados sus cuerpos, un poco inclinados bajo el reborde de la roca veían los jóvenes llover, con esa alegría extraña que la lluvia produce cuando se presencia bajo la guarida segura. No hablaban. El espectáculo de un labriego que allá abajo abandonaba su labor, saltando sobre la húmeda tierra, para recogerse bajo un alpende vecino, les hizo reír, gozosos. Y nuevamente enmudecieron, y del vasto espectáculo de la lluvia en el monte redujeron su mirar, un poco abstraídos, á la visión de cómo unos erizos de castaña, vacíos ya, tirados ante la roca, iban siendo limpiados de tierra por el golpear de las gotas, y cómo otros, con sus púas hacia abajo iban llenando de agua la blancura de su concavidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Al través de los surcos que las gotas de lluvia trazaban en los cristales de la galería veíase el campo tan sólo como una informe mancha verde. Sergio, en pie, frotaba sus dedos húmedos contra las láminas de vidrio, y se complacía en arrancar estridentes gorjeos que crispaban los nervios de Sabela.

—¿Quieres estar quieto?—le gritó.

Y él enfundó sus manos en los bolsillos y dió un suspiro ruidoso que empañó el cristal:

—Entonces... ¿qué quieres que haga?... No he visto cosa más desagradable que la lluvia.

Doña Rosa intervino, mirándolo severamente sobre sus gafas:

—Yo creo que sí; los libros de estudio.

Él calló. Realmente estaba desesperado contra aquel incesante aguacero que encharcaba los campos desde hacía una semana ya. Las

deliciosas entrevistas con Volvoretta habían terminado desde entonces. ¡Oh aquel tedio de la casa, llena siempre del rumor de la lluvia, alterada alguna vez la quietud por los gritos de Rafaela contra los aldeanos que no limpiaban sus zuecos antes de entrar y manchaban de lodo los pisos!... Sergio iba frecuentemente á la cocina con el pretexto de fumar. Aunque doña Rosa lo sabía, no consentiría jamás que su hijo arrancase ante ella una bocanada á un cigarro. Desde que era bachiller, Sergio podía fumar en la cocina, por un acuerdo tácito. En alguna de sus frecuentes ausencias, preguntaba ahora la madre á Isabel:

—¿Dónde está tu hermano?

—Debió de ir á fumar.

Doña Rosa observaba:

—Fuma mucho estos días. No me gusta eso.

—¿Qué le vas á hacer?... Se aburre.

Federica entró aquella tarde en el comedor á anunciar:

—Está ahí doña María, la de Solís, que pregunta por la señora.

Doña Rosa alzó la cabeza de la costura para inquirir, con un leve asombro:

—¿Doña María, la de Solís?

—Sí, señora.

—Que pase, mujer.

Y madre é hija abandonaron sus quehace-

res, y sacudieron de sus regazos los trozos de hilo que se habían desprendido de las labores.

Avanzaron al encuentro de su vecina. Sabela dió, como siempre, un ligero saltito para no pisar una baldosa de la galería, donde el pico del carpintero había trazado, quizás para distinguirla, una pequeña cruz.

La señora de Solís entró. No eran frecuentes sus visitas. Tan sólo en alguna ocasión señalada—Año Nuevo, fiesta de días, enfermedad—la triste señora aparecía un momento "para cumplir", y, pretextando el cuidado de los hijos, volvía á marchar sin haber reído, sin haber hablado apenas, sin haber aceptado un dulce, ni una fruta, ni un dedalito del vino tostado del Rivero que doña Rosa solía ofrecer sólo en esas grandes ocasiones.

—¿Qué milagro, doña María?... Siéntese.

A pesar de la vecindad, se veían, en efecto, mucho menos que los demás señores de la Gándara. Doña María se sentó, quedamente, con aquel aire silencioso que le había impuesto su dolorosa costumbre de andar por alcobas de enfermos. Resaltaba su palidez sobre las negras vestiduras, y el carmesí de los párpados, irritados por el llanto y el insomnio, sobre su palidez. Pero en toda su figura había una gran distinción, y en su rostro esa digni-

ficación amarga que dan los pesares. Cruzó las manos lividas, y habló:

—Á molestarlas, doña Rosa, á molestarlas.

—¡Por Dios!...

—Quería saber si tienen ustedes alguna estufa, algún calorífero, para pedirselo prestado.

Doña Rosa miró á su hija, como en consulta.

—Hay mucha humedad — continuó doña María—; ya ve, para dormir los niños con las ventanas abiertas... Y como la casa es grande... Yo encargué á la ciudad una salamandra. Pasado mañana me la traerán, y pasado mañana les devolvería la estufa.

Doña Rosa se lamentó:

—¡Dios mío, nosotras no hemos tenido jamás nada de eso! ¡Qué pena, doña María!... Gracias al Señor, como salud, tenemos, y el frío no es mucho en esta tierra...

—No, el frío no; pero la humedad, la humedad...

Casi gimió, con los ojos espantados:

—¡Un catarro viene tan pronto!... ¡Y después!...

Hubo un silencio. Doña María miró al través de los cristales el cielo plomizo, cubierto por una sola nube inmóvil.

—Hace siete días que no hay sol...

Luego clavó sus ojos en las pálidas manos cruzadas:

—¡Yo no sé qué hacer...; no sé qué hacer!...

Doña Rosa intervino con consuelos. ¿No era exagerado todo aquel temor?... Los niños no parecían estar mal; paliduchos y delgados, sí; pero la aldea se encargaría de darles colores y grasas. Allí estaban los hijos de los labriegos, semidesnudos, durmiendo en paja, mojados cuando llovía y quemándose con el sol; comiendo tan sólo borona y caldo de unto. Y tan fuertes y colorados. La aldea es salud. No había que tener preocupaciones extremadas. Dios es bueno: aprieta, pero no ahoga. Y si Maruja tenía quince años ya, y Dios se había llevado á los otros á los diez y seis, ¿iba á suponerse que se había de repetir la desgracia?... ¿No era absurdo?...

Doña María la miraba sin cambiar su expresión de pena. Después suspiró hondamente. Se levantó como una sombra:

—¡En fin!... Perdonen la molestia.

—¿Qué molestia?... Lo que siento yo es no tener lo que desea, doña María. Ya sabe que toda la casa y todos nosotros... Y cualquier cosa que se le ocurra...

Acompañáronla hasta los mismos umbrales del portón. Ella marchó como una sombra negra, entre la lluvia; y doña Rosa suspiró al vol-

ver, penetrada de toda aquella honda angustia de madre que en su propia maternidad hallaba un eco de compasión gigantesca.

\*  
\*\*

Por la noche, deslizándose al amparo de los salientes aleros, esperó Sergio bajo el alpende la presencia de Federica, avisada por él. Esperó unos minutos que se le antojaron inacabables. Desde los canalillos que las tejas formaban caían al suelo chorros de agua, que habían cavado débilmente la tierra, á lo largo del cobertizo, en su persistente choque. Cuando Sergio chupaba el cigarrillo, se avivaba el ascua y veía brillar los goterones en su rápido descenso. La lluvia, invisible en la noche, dejaba oír su sordo rumor en todo el campo encharcado.

Federica llegó al fin, cubriendo su cabeza con parte de la falda, recogida sobre los rubios cabellos como un mantón:

—¿Qué quieres?

Él arrojó el cigarrillo, que se apagó en el agua:

—Que no podemos seguir así. Es preciso idear algo para vernos.

Ella meditó:

—¡Esta dichosa lluvia!...

Callaron un instante. A sus espaldas, hasta

tocar con el techo del alpende, se hacinaba el tojo tierno, dispuesto para mullir los establos y hacer de él, ya pisado, cama para las bestias, y después abono de las tierras. Y su recio olor de monte bravo se diluía en el ambiente húmedo. Sergio opinó:

—¿Quieres que le hable á Mingos, el casero, para que nos deje reunir en su choza?

Receló ella:

—Lo sabría tu madre.

—¡Entonces... no sé!

Descubrió de pronto Volvoreta:

—Podías subir á mi alcoba, cuando todos durmiesen.

Sergio quedó un momento confuso. Le latió más fuerte el corazón al escuchar la proposición inesperada, como si antes de precisarse en su magín, toda la encantadora sensación de la aventura le hubiese ya recorrido la sangre, en un giro loco. Pero Volvoreta había sugerido el recurso con una absoluta naturalidad. Sergio, temeroso de despertar un arrepentimiento, dijo también con sencillez:

—Es verdad.

—Pero ve con cuidado. Ya sabes que el cuarto de Rafaela está al lado del mío. ¡Si nos sintiesen!... ¡Por Dios!...

Y separáronse. Sergio permaneció unos minutos bajo el cobertizo, saboreando la teme-

rosa delicia del proyecto. Le pareció estar abocado á una empresa de novelón. La densa obscuridad de la noche le sugería ideas de sagacidad y de astucia, y se vió á sí mismo atravesar la casa entre las tinieblas y trepar hasta los cuartos de la servidumbre, cauto y silencioso, como un ladrón de folletín ó como un conspirador heroico. Chinto salía entonces de la casa y pasó junto al cobertizo sin verle, en las sombras profundas. Él se había recogido y hasta había contenido el aliento. Este incidente le dió una alta idea de su disposición de hombre misterioso y le hizo tener una alegre confianza en sí.

Durante la cena miró alguna vez á Federica, como para recordarle el complot. Federica, gravemente, no parecía darse por enterada. Sergio pensó entonces, ante toda aquella serenidad, que ella tenía una decisión y una valentía superior á la suya, y se reprochó el no haber tenido él la misma idea de la cita en la alcoba. Se escrutó y tuvo que confesarse que no se le habría ocurrido nunca.

Cuando después de su habitual presencia en la cocina para dar órdenes á la servidumbre, doña Rosa reapareció en el comedor y deseó buenas noches á sus hijos, Sergio sintió agigantada su emoción. Besó á su madre y se retiró á su cuarto. Eran las diez. Sentóse inde-

ciso, sin saber cómo llenar todo aquel tiempo que faltaba aún para el momento de la aventura. Al fin, temeroso de que la luz le delatase, desnudóse, se metió en cama y sopló la bujía.

Esperó. Llegaba de la cocina muy amortiguado el ruido del fregoteo de Rafaela. Podía saberse cuándo agitaba la vajilla dentro del barreño y cuándo la colocaba sobre la limpia piedra del vertedero para que escurriese el agua humeante. Los platos hacían al superponerse un ruido más agudo; los pucheros de hierro, más hueco y sordo. Después tintinearón, al caer sobre el granito, desde el paño que las secaba, las cucharas, los tenedores... Sergio seguía á la vieja criada en todos los momentos de su ocupación, hasta en todos sus ademanes, como si la estuviese viendo. De pronto un portazo estremeció la casa, y se oyó el ruido metálico de la barra de hierro que ajustaba Chinto en sus encajes para reforzar la seguridad de la vivienda. Luego, unos pasos resonaron en la escalera que conducía al piso aboartillado donde estaban las habitaciones de la servidumbre, de las dos criadas nada más, porque Chinto dormía en el bajo, para mayor tranquilidad de doña Rosa. Sergio pensó que aquellos pasos eran los de Federica, que se retiraba siempre antes que Rafaela.

Y esperó más. Por fin los tramos rechinaron bajo el andar de la vieja criada. Arriba, al través del techo, se sintió aún el rastrear de sus pies. Más tarde cayó el silencio sobre la casa toda; un silencio en el que al joven le parecía que toda idea de tiempo diluía y escapaba al cálculo. Pero en el silencio fueron naciendo mil pequeños rumores y mil ruidillos sólo perceptibles en la anhelosa atención del enamorado: el crujir de una viga, las pisadas misteriosas del gato, que cruzaba ante su dormitorio, dueño de las estancias y de los pasillos llenos de sombra; después el viento comenzó á quejarse bajo las puertas, como en invierno. Fué un momento en que la lluvia dejó de caer. La ventana del cuarto se estremecía en sus encajes, y á veces se sentía la furia de las ráfagas estrellarse contra la casa toda, hermética y muda en la enorme soledad del campo, entre tinieblas, mientras los árboles se encorvarían gimientes, y en los prados la hierba sería como una cabellera peinada en un mismo sentido por el viento.

Las ráfagas traían hasta la casa un sordo rumor—quizá el de los árboles, quizá el del mar—en el que Sergio creía descubrir también el silbido arrancado en los alambres del telégrafo que seguían la cercana cinta de la carretera, y que cortaban el vendaval como

una espada afiladísima, oscilando un poco entre poste y poste.

Pero las ráfagas cesaron. Cayó un fuerte aguacero, y su apremiante llamada en los cristales llenó toda la casa con su ruido. Después amainó, y volvió la lluvia á su lenta mansedumbre.

Sergio, esperó aún, receloso. Se le ocurrió pensar—tumbado boca arriba en el lecho, abiertos los ojos en la obscuridad—qué clase de mujer era aquella, inocente ó ducha en amores, que por propio impulso y con tal sencillez daba una cita de tamaño riesgo—él no pensó “tan escabrosa”—. Pero ni su inexperiencia, ni su edad, ni la inquietante emoción que sufría, le permitieron grandes meditaciones acerca del tema. El reloj del comedor dió las doce. Temió él haber contado mal y esperó á que las repitiese. Entonces se deslizó de su cama; á obscuras se embutió en el pantalón, en la chaqueta... Iba descalzo... Abrió la puerta de la alcoba... Salió...

Ante la puerta, sin separar sus dedos del pestillo, aún escuchó un buen rato. Después se decidió á andar... Apoyaba ambas manos en la pared, como si quisiese descargar sobre ellas todo el peso de su cuerpo. El piso estaba enarenado, según la costumbre del país, con una arena traída de la playa, y al ser restrega-

da contra la madera producía un leve rechimiento. El joven ponía, para impedirlo, sus pies de plano, y algunas arenas gruesas le producían dolor.

Llegó á la escalera. Tenía en sus oídos el tic-tac del corazón y el sordo runrún de la lluvia... Subió un peldaño, otro... algunos crujían, y Sergio se detenía entonces, anhelante, con los ojos abiertos, abiertos... Creía él que en aquel momento su madre y su hermana y Chinto y Rafaela se removían entre las sábanas, prontos á despertar. Pensó también en que á veces doña Rosa sufría insomnios duraderos... Al llegar al primer recodo de la escalera, un tablón carcomido gimió bajo sus pies largamente. Entonces pensó en desandar el camino y volver á su cuarto; pero ya estaba más próximo el de Federica... Continuó... En el pequeño pasillo, al que daban los dormitorios de las dos mujeres, se oía la fuerte respiración de Rafaela. Esto le dió vigor. Empujó lentamente la puerta de la alcoba de Federica. Pensó que estaría ella detrás. Esperaba que sus manos avanzasen para guiarlo. Creía ser tocado por ellas á cada instante, y esta presunción de unos brazos en la sombra le produjo una inquieta nerviosidad. Pero ningún cuerpo vivo rozó el suyo. Entró con cautela extremada, temiendo derribar algo, extendidas sus

manos hacia el frente, comenzando á encontrar interminable aquella horrible excursión entre las tinieblas y el silencio, respirando con la boca abierta para que ni aun se advirtiese el rumor de sus aspiraciones.

Al fin sus muslos tropezaron con algo. Bajó las manos, cuidadoso. Bajo ellas sintió el tibio bulto de Federica, acostada, cubierta por las ropas del lecho. Le secó los labios una oleada de emoción. Se inclinó sobre la bella cabecita; susurró tenuemente:

—Soy yo...

Ella no se movió; volvió á advertirle:

—Federica, soy yo...

Apoyó sus manos en el cuerpo tendido, con una suave presión. Federica dió un fuerte suspiro y se estiró en el lecho. ¡Dormía! ¡Gran Dios, dormía!... Sergio se maravilló sinceramente. Volvió á apremiar, con la punta de sus dedos, el cuerpo perezoso. Y de pronto, tras un rebullir que se tradujo en un ruidoso alboroto de las secas hojas del jergón, los calientes brazos de Federica se enroscaron á su cuello. Y él, entonces, buscó sus labios y los besó, estremecido:

—¿Dormías?

Y ella, con voz aún enronquecida por el sueño y llena de añoranza de él:

—Sí.

Sergio tuvo que sacudirla:

—¡No grites, mujer!... Pueden oírnos.

Entonces bajó mucho la voz, como una niña á quien se reprende, para repetir:

—Sí.

Continuaba con los desnudos brazos sobre el cuello del joven. No se veían. El rumor de la lluvia era más fuerte en el pequeño cuarto; se sentía su repiqueteo en el cinc del tejado y sobre los vidrios del tragaluz. Sergio se iba sintiendo presa del frío. En la cima de su empresa ocurríasele ahora, preferentemente, la terrible idea de tener que volver á su estancia con todas las mismas minuciosas precauciones. En la alcoba contigua, al través del delgado tabique de madera, se oyó el ruido del jergón donde Rafaela debía de haberse agitado. Entonces Federica iba á decir algo al oído de Sergio; pero éste la hizo callar, con sobresalto:

—¿No oíste?—dijo apenas él, con la temeridad de un suspiro—. Debe de estar despierta.

Le invadió el miedo. Dió otro beso á la novia.

—Bueno, me voy.

Ella tornó á abrazarlo. Aún lo retuvo para pedir:

—Tápame bien.

Sonrió él en la sombra. Metió parte del embozo bajo la espalda de Volvoreta, le dió una palmadita de despedida; y súbitamente, esclavo de su hondo temor, comenzó otra vez el peregrinaje. En la escalera sufrió angustias mayores, porque el descender en la obscuridad era mucho más difícil que el subir. Creyó que no se acababan nunca los peldaños. Ya en el pasillo del primer piso, sus pasos fueron más ligeros. Entró en su dormitorio, dando un profundo suspiro de placer, como si saliese de una pesadilla. Se zambulló en cama. Tenía los pies helados, helados, con algunas arenas del pasillo incrustadas en ellos. Se arrebujó apretadamente y quiso saborear sus sensaciones de la noche; pero se durmió.

Soñó que quería correr hacia Volvoreta. Volvoreta le esperaba con sus rizados cabellos del color de la miel y su blusa blanca de los domingos. El quería correr, porque su madre le perseguía; pero sus pies no podían apartarse del suelo. Corría, corría, y no avanzaba ni un solo punto...